

El cerro pelado

■ Voy recorriendo caminos por el norte de Chile, acompañado de un grupo de amigos. Algunos de ellos son chilenos que viven en el extranjero y que han aprovechado las vacaciones de fin de año para volver a saborear erizos y machas, duraznos y sandías; otros son extranjeros que visitan nuestro país por primera vez.

De pronto, mi amiga que vive en Venezuela desde hace bastante tiempo y que está excitadísima con éste, su primer encuentro con la patria, lanza un grito de admiración:

—¡Miren! ¡El cerro pelado! ¡Qué maravilla!

Efectivamente, frente a nosotros hay uno de los tantos cerros que se elevan en la zona, desnudo de vegetación, plomizo de color, apenas ornamentado por algunos cactus y algunas rocas.

Los extranjeros miran el cerro y guardan un discreto silencio. Ellos no entienden por qué mi amiga se maravilla y regocija ante la vista de ese monte que apenas se destaca contra el gris de las nubes. Para ellos, seguramente, el paisaje árido y monótono de nuestra zona norte ha de resultar poco atractivo, pero mi amiga, en su entusiasmo, insiste en que lo que tenemos ante nuestros ojos es una belleza, un milagro de la naturaleza y pregunta a los demás si no advierten toda su hermosura.

Y mientras se inicia tíbicamente una discusión sobre la belleza de las zonas desérticas y la banalidad de la exuberancia del verde paisaje tropical, yo me pongo a reflexionar en ese valor universal de la belleza de que nos hablan los estetas.

Lo que a mi amiga le ha sucedido, por ser oriunda del norte, es que de pronto ha reconocido un paisaje que le era familiar y del que estuvo despo-

seída por largo tiempo. Ella creció reconociendo como bello su propio entorno, al igual que el hombre de la zona central se emociona estéticamente ante la presencia del sauce y el arroyuelo y el del extremo sur sabe captar la hermosura de las estepas nevadas.

Y lo que sucede con el paisaje, también sucede con las personas. ¿Se han dado cuenta que son numerosas las parejas de esposos que se parecen entre sí? Lo que sucede es que, cuando se encontraron, cada uno reconoció en el otro su propio concepto de la hermosura corporal; el que le devolvía su espejo.

Difícil será convencer a un asiático que los ojos alargados y oblicuos no son los más hermosos, ni a un africano que la tez negra tiene menos encanto que la pálida. Aún en el arte que, según alguna definición, es "la expresión de lo bello", existe la infranqueable barrera de las culturas diferentes. Una representación de teatro hindú, que arrancará risas y lágrimas en la India, deja frío y distante al espectador occidental.

La discusión sobre "el cerro pelado" ha continuado mientras tanto. Los amigos venezolanos que nos acompañan han declarado cortésmente que si bien ese cerro no es hermoso, puede ser considerado "exótico". Mi amiga chilena, residente en Venezuela, en pleno ataque de chauvinismo, les ha replicado que "exóticos serán ellos" y su monótono paisaje de color verde y su grosera vegetación.

Yo, por mi parte, pienso que, así como patria es el lugar del mundo que más amamos, porque es el nuestro, lo bello es aquello que aprendimos a querer y amar desde niños.

Lo demás, es exótico.

PARTIQUINO